

HOMENAJE A CÁNTICO

En el Centenario de Ricardo Molina y Miguel del Moral
1917-2017

**HOMENAJE A «CÁNTICO»
EN EL CENTENARIO DE
RICARDO MOLINA Y MIGUEL DEL MORAL
(1917 – 2017)**



2017

Edita:

REAL ACADEMIA DE CIENCIAS, BELLAS LETRAS
Y NOBLES ARTES DE CÓRDOBA

Textos:

Carlos Clementson	Pablo García Baena
José Cosano Moyano	Mario López
Miguel Clementson Lope	Julio Aumente
Vicente Aleixandre	José de Miguel
Dámaso Alonso	Mariano Roldán
Ricardo Molina	Manuel Gahete
Juan Bernier	

Fotografía:

Francisco Sánchez Moreno

Comisario de la Exposición:

Juan Hidalgo del Moral

Coordinación Catálogo:

Miguel Clementson

Montaje:

Óscar Moreno Plaza

Diseño:

Isabel Pérez, M. Clementson

Maquetación e impresión:

GALÁN - Villa del Río (Córdoba)

Agradecimientos:

Juan Muñoz González
Fotoestudio Jiménez
J.C. Nievas
A. Holgado
Tomás Egea
MBAC

Dep. Legal: CO 2143-2017

ADIÓS, RICARDO

Dámaso Alonso

Ricardo, qué cantidad de armónica belleza nos has dejado. Yo leo tus páginas preciosas y el corazón me palpita con desconocida intensidad.

Pero tú eras el creador, y te has ido. Contigo se ha marchado lo activo acrecentador, ese manantial de tu emoción, ese volcán de tu belleza.

Si estuvieras aún entre nosotros, crecería constantemente la densidad de nuestro ensueño, la intensidad de nuestra vida; con el aumento de tu poesía, hasta ser vida ya de poesía.

Tú podías haberlo cambiado todo. El mundo, para nosotros, ya iría hacia perfecto. Pero la imperfección del mundo se suaviza en los cientos de páginas que, escritas por ti, quedaron.

Siguiendo leyéndolas tendré la ilusión de lo que estás ahora creando. Tú te has llevado el volcán de la creación, pero el fuego que había brotado irá ya para siempre entre nosotros.

Adiós, Ricardo.

Somos muchos los que recibimos esos bienes. Pero hay otros bienes que me tocan a mí solo. Son los recuerdos del beneficio de tu amistad.

Me acuerdo de tu manera de enseñarnos Córdoba. Yo conocía la ciudad bastante bien; había estado repetidas veces en ella. Pero aquel día que me acompañaste tú, los hallazgos fueron extraordinarios. Qué manera de mostrarme las calles preciosas que yo había recorrido antes; cómo tú me puntuabas los encantadores pormenores que yo no había alcanzado a ver, y cómo me descubrías plazas insospechadas. Recuerdo una, increíblemente mínima, con una columna romana, con un pozo... y flores, muchas flores. Toda mi vida —¡cuántos años!— se ha quedado grabada en mi mente. Pero, mira

qué asombro —¿la creaste tú, la inventaste tú?—, cuántas veces la quise volver a ver, y no la he sabido encontrar nunca. Y a veces, extranjeros me preguntan por la belleza de Córdoba, y ya no les puedo mencionar esa plaza, de la que no sé el nombre ni la entrada, que tú les podrías haber enseñado. Pero ya es imposible, ¿quizá te la llevaste tú?

Muchos días nos veíamos en Córdoba cuando Eulalia y yo trabajábamos en los documentos gongorinos. Tú sabías nuestras horas de comer y nuestro restaurante. Venías, te sentabas con nosotros, no comías porque ya tu estómago se asustaba. Cuánto y qué agradable cariño me vertías. Y cómo te prestaste también a acompañarme, preparándolo todo, para una indagación lingüística en Lucena,



y en tu tierra, tu Puente Genil. Te adelantabas en todo y todo lo arreglabas, especialmente lo mucho que se había puesto encrespado por negativas e incumplimiento de las promesas que nos habían hecho. Pero encontrabas otras rápidamente y te movías y actuabas con velocidad y tino como un duende certero.

Recuerdo también con emoción, tus afectuosas visitas a mi casa de Madrid. Tu enfermedad ya estaba patente, tu salud ya me daba miedo. Y estabas, a pesar de todo, teniendo que hacer, en Madrid, unas oposiciones, que eran necesarias para tu vida. Yo veía que la muerte te estaba amenazando. Y sin embargo, trabajabas, hacías bullir tu talento, y lograste, contra toda injusticia, ganar aquellas oposiciones. Bravo, Ricardo.

En fin, la última vez que te vimos fue cuando, en otro viaje, hicimos en Córdoba una visita a tu casa. Era una casa nueva, bonita, para una vida apacible y grata. Pero tu enfermedad había aumentado mucho: estabas en grave peligro. El médico te había mandado que apenas te movieras, que estuvieras casi siempre echado, descansando. Pero te movías, aquella tarde, con nosotros, Bernabé, Eulalia y yo; te levantabas a cada momento por el regocijo que te había dado que estuviéramos allí. "Ricardo, por favor, estate quieto". No nos hacías caso a nuestras advertencias. Te estabas un momento en un sofá, apoyando la cabeza sobre un brazo, pero ese brazo te servía de palanca para saltar en seguida, como un resorte: ¡tenías que enseñarnos algo!

Tuvimos que irnos muy pronto para que te quedaras tranquilo. Nos fuimos. ¡Y ya no te volveríamos a ver!

Adiós, Ricardo.



Foto: A. Holgado

M. INURRIA, *Góngora* (h. 1906), 50 x 22 x 25 cm.

Algo mío quedará entre los hombres
así flotante pluma hacia el viento
largo río perenne, correza
con el son de mi vida que en el mundo
Quedará solo intacta la armonía
que consumió la ciega medida de los siglos.

Ni palabra ni son me dirán
y si embargo no me iré del mundo
En cuanto a mi fidelidad
conquistó mi palabra para el futuro cierto

Sagrada solidad de montañas y rios
dirá de mí a los hombres que vendrán.

Mi fe no será nunca por el tiempo barba
La luna del verano bañará un paisaje,
la caminata donde hombres y mujeres
sean rios pastorales

Ricardo Molina



Fundación

Cajasol

OCT. - NOV. 2017

del MORAL